

Constanza Gutiérrez

La educación básica

Prólogo de
Susanne Noltenius



PESOPLUMA

La educación básica

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para el Perú.

© Constanza Gutiérrez

© Pesopluma, 2019

1ª edición: abril 2019

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Cuento

Tiraje: 500 ejemplares

Arte de portada y diagramación de interiores: Jonathan Hart

ISBN: 978-612-4416-03-3

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-05040

Editado por PESOPLUMA S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

Impreso por Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risco 580, Lince, Lima – Perú

Abril de 2019

ÍNDICE

Prólogo	9
Chiquita linda	15
Arizona	27
No te vayas dentro	37
Caza de conejos	51
Listado de mis humillaciones	57
Descubre tus poderes	63
Mowgli	75
Marrón glacé	87
Historia del desocupado y la cautiva	95
Incompetentes	101

Chiquita linda

De vez en cuando, sin ninguna razón, corría la cortina de la ventana del bus. Nunca iba a adivinar a dónde íbamos —¿quién adivina dónde está parado en el desierto y de noche?—, pero la espera me tenía impaciente. Llevábamos demasiadas horas sentadas en ese bus maloliente y a diferencia de mi mamá, que casi ni había abierto los ojos durante el viaje, yo no podía dormir. Después de toda una vida viendo los paisajes verdes de Valdivia, esa tarde se me habían presentado extensas montañas azuladas que iban volviéndose café a medida que nos acercábamos. Los azules eran sorprendentes: claros, oscuros, como petróleo, como lirios. Todo lo que quería era descubrir los colores nuevos que podía ofrecerme la noche del desierto, pero parece que la noche es la misma en todos lados y tuve que conformarme con mirar al techo del bus esperando a que pasara algo.

No tengo claro si íbamos a pedir o agradecer algo, Mi mamá hablaba poco y no me atreví a preguntar. Tampoco veía que tuviésemos mucho qué agradecer ni pedir. Lo que teníamos se lo debíamos a ella, que trabajaba todo el día. Lo que no, se lo debíamos también, por ser tan fría y distante. De haber tenido cosas que solucionar hubiésemos podido hacerlo desde nuestra propia ciudad, pero supongo que a veces hay que cambiar de aires, y la idea de no volver a casa se me apareció entonces, en ese bus, pero lo olvidé como se olvida todo lo imposible, con resignación.

Llegamos a Iquique como a las diez. Comimos pescado frito en un restorán y después caminamos para tomar otro bus —uno mucho menos cómodo— hasta La Tirana. Tres jóvenes de lentes oscuros pusieron música con sus celulares

y mi mamá ya no pudo dormir más, pero tampoco se dignó a conversarme. Me aburría espantosamente. Antes de partir, con el motor andando, subió una señora a repartir mascarillas de enfermería junto a un folleto. Le entregaba una a cada persona y yo estaba esperando ansiosa a que llegara a nuestro asiento, pero apenas nos extendió la mano, mi mamá movió la cabeza en señal de negativa. La señora quedó perpleja y pude ver que el papel que acompañaba las mascarillas era propaganda política. Un médico de la zona, que se candidateaba para diputado, sonreía junto a la foto de la expresidenta del país, que también era candidata.

—Pero si es gratis —insistió la señora.

—No, muchas gracias.

La señora de los folletos subió los ojos todo lo posible e hizo una especie de rebuzno. Me dio pena no sonreírle, así que lo hice, cosa que mi mamá vio, pero prefirió obviar. Más allá, y a pesar de la ley seca, la gente empezaba a sacar latas de cerveza escondidas en bolsas. Una señora de polera verde le ofreció una Báltica a su compañero de asiento y fueron todo el camino cuchicheando, las cabezas cada vez más cerca. A ratos, la luz del bus hacía cortocircuito. Pasábamos largos tramos en la oscuridad y luego volvía. Todo el camino fue igual. En uno de los lapsos con luz fue que subió un hombre de chaqueta roja con el logo del Gobierno. «¡Las vacunas!», gritó, y todos entendimos que había que sacar el carnet de vacunación. Detrasito, una mujer repartía jabones en gel gritando «¡Solo para niños y tercera edad! ¡Solo para niños y tercera edad!», pero la mitad de la gente reclamó. Señoras no tan viejas se abalanzaron a exigirle un jabón gel como si se tratara de anillos de diamantes. «Es que nosotras también necesitamos». Al final, la mujer entregó todos los jabones sin respetar el límite de edad y cuando llegó a mi puesto ya no le

quedaban. Tampoco es que me importara, pero yo sí cumplía con el único requisito.

El hombre de los carnet de vacunación miró a mi mamá, luego a mí y de nuevo a mi mamá. «¿Y esta niña es suya?» es una pregunta que le han hecho muchas veces, aunque siempre en tono de broma. Generalmente, después viene el comentario que a mi mamá le cae como patada en la guata: «Tan bonita que le salió». Hace unos años, cuando yo tenía siete, me explicó:

—La gente se pone muy tonta con las rubias.

En ese tiempo no supe qué pensar y en realidad tampoco sé qué pensar ahora. Me molestaba que no nos pareciéramos, que ella fuese morena y yo rubia, y estoy segura de que a ella tampoco le gustaba. Esta vez no contestó el chiste, solo recibió nuestros carnets de vuelta. Un poco más allá volverían a detener el bus para lo mismo, la pregunta se repetiría y mi mamá, porfiada, volvería a permanecer en silencio.

Hacia el final del viaje, la señora de polera verde, ya bien borracha, se nos sentó a un lado, en el brazo del asiento de al frente. El bus estaba a oscuras, íbamos a saltitos por el camino mal pavimentado y la mujer apenas se equilibraba. Acercó mucho su aliento de cerveza a mi cara —supongo que no medía distancias—, y pude ver sus dientes sucios, cariados, y también los restos del rouge que no retocaba hacía horas. Me ponía nerviosa. Preguntó lo que pueden preguntarse dos viajeros que se cruzan: de dónde veníamos, si habíamos visitado el norte antes y cuánto tiempo nos quedaríamos. Mi mamá contestó con monosílabos.

Aprovechó de comentar, riéndose como una hiena, todo el aparataje del Gobierno. Según ella, este nuevo brote de influenza era un invento del estado para controlar la cantidad de gente que venía a la fiesta. «Es que ustedes no han venido

antes, no saben, pero aquí violan chiquillas, desaparecen niños, mueren personas, queda la embarrada. Pero ahora no, porque vino como la mitad de la gente que viene siempre». Mi mamá la ignoraba y a mí me ponía los pelos de punta lo mucho que se acercaba solo para alejarse al rato y volver, simulando confidencialidad al decir algo que, según ella, era peligroso y poco sabido. Mi mamá miraba hacia al frente fingiendo estar muy pendiente del auxiliar del bus y de nuestra parada, pero yo sé que la señora no le gustó nada. La conozco.

—¿Qué le pasa a los niños desaparecidos?

—Se los llevan, nadie sabe. Pero tú no te preocupes, estás con tu mamá.

Pasó un rato quejándose de su compañero anterior, el jovencito con el que la vi tomando una lata de cerveza, que se había bajado varios kilómetros antes. Decía que era un idiota y que le había costado mucho sacarle alguna palabra, porque era hombre y a los hombres solo podías sacarles algo con cerveza. Cuando dijo esto, mi mamá puso cara de indignación y me dijo que me pusiera la chaqueta porque ya nos bajábamos. La mujer se apuró en invitarnos, para el día siguiente, a bañarnos en las cochas, aunque nosotras sabíamos que estaban cerradas por ser foco de contagio de la influenza, así que solo dimos las gracias. Se despidió muy efusiva y, cuando mi mamá ya se había bajado del bus y a mí solo me quedaba un último escalón, repitió su invitación: «¡Vayan a las cochas!».

Apenas miramos nuestra pieza del hotel, apuradas por ir a la fiesta. Mi mamá estaba enojada porque, según ella, el bus se había demorado demasiado en llegar a Pica y todavía nos faltaba tomar una van a La Tirana. Quizás nos perderíamos el

momento en el que sacan a la Virgen a pasear por el pueblo, a las doce de la noche. Hasta ahí yo no entendía mucho su interés y ansiedad, pero una vez ahí tuve muy claro por qué habíamos viajado tantas horas: las luces, los tambores, la gente llorando. Es fácil excitarse con el sonido constante y pausado de un bombo o con una flauta que suena a lo lejos. Es el anuncio de que algo va a pasar. También un encantamiento, un conjuro, como repetir muchas veces el nombre de ese niño lindo del 4to C, a ver si se me cumple el deseo.

En cuanto a la sensación de pertenecer a algo, supongo que era mi primera vez. Mi mamá se había descuidado, no estaba indiferente como siempre. Pude tomarle la mano y me la apretó fuerte. Me ofreció una empanada y le dije, solo por darle en el gusto, que quería probar la calapurca, esa especie de carbonada de llama de la que me hablaba desde que era niña. Entonces acordamos almorzar eso día siguiente, para no perdernos nada de la fiesta en ese momento, y por mientras me comí una empanada de queso.

El calor era bochornoso y la gente se apelotonaba en la explanada frente a la iglesia. La canción me la habían enseñado en el colegio y me alegró saberla: *Pampa desierta nortina, te ha florecido un rosal / llegan de todos lugares, sus mandas deben pagar. / Es día 16 de julio, sale la reina a pasear / Saludando al peregrino que la viene a venerar.*

—Esta yo me la sé en flauta, mamá.

—Qué bueno, hija —respondió mirando para cualquier lado.

Logramos entrar después de hacer una cola larga, muy larga. Al mirar para arriba, veías un cielo azul repleto de estrellitas doradas. La fila era tan larga que, de puro aburrida, descubrí que en realidad solo había estrellas de tres tamaños distintos, aunque igual lograba el efecto de inmensidad. No

estaba segura de poder preguntarle a mi mamá qué habíamos venido a pedir y, de todas maneras, ella me ignoraba como nunca, así que estuve especulando un buen rato. Me debatía entre si no me quería más o si quería a mi papá de vuelta en la casa o muerto. Parecen deseos muy contradictorios, pero con mi mamá nunca se sabía.

Ese año habían puesto un vidrio ante la «Chinita», como llaman a la Virgen, para evitar el contagio de la influenza. Junto a ella, un hombre limpiaba con desinfectante cada vez que algún fiel excitado besaba el vidrio. Decidí que, entre saber y no saber, siempre era mejor no saber, y no quise ni mirar a mi mamá mientras musitaba algo frente a la imagen. Preferí jugar a que podía separar la música de cada una de las diabladas y distinguirlas, aunque no tuviese caso. Cuando salimos, mi mamá ya estaba de mejor humor.

20

Los hombres con máscaras de diablo corrían rápido y saltaban con gran aspaviento, mientras las chicas se movían lento y suave. Eran coquetas. Una luz saltaba de acá para allá y un hombre bailó muy cerca de mí, pero su máscara no logró asustarme. No tienen que dar miedo, se supone: la gracia de su baile es la persuasión. Tienen que atrapararte con sus luces, alejarte del arcángel que baila en el medio y llevarte del lado del mal. Un niño boliviano me saludó en inglés y le contesté en castellano. Mi mamá lloraba, despacito, y yo también me hubiese puesto a llorar. Me gustaba que el tiempo no corriera, que siempre hubiese un baile que ver. El olor a distintas comidas se mezclaba en el aire, que estaba tan denso, y me gustó ver a los niños de mi edad sentados con sus trajes, esperando que les toque bailar, tomando café para no quedarse dormidos. Le hubiese conversado a todos, pero soy muy tímida y apenas les sonreí.

Caminamos mucho rato por las calles aledañas a la iglesia y fue ahí cuando los vi por primera vez: dos hombres morenos con una niña muy chica, un poco gorda y tan rubia como yo. Uno se acercó a mi mamá para preguntarle la hora, pero mi mamá siempre trae el reloj de pulsera malo y no supo decirle. Luego nos fuimos al improvisado mercado, un laberinto de malla y *nylon* donde vendían ropa, zapatillas falsificadas, comida, peces de colores y jugos de todas las frutas imaginables. Nos alejamos un poco del comercio y la multitud y, frente a una de las muchas fogatas que había por todas las callecitas, mi mamá encendió un cigarro que no olía a tabaco. Me contó cómo había crecido bailando la diablada por la manda de una tía abuela que ni conocía y tenía cáncer. Luego se había curado y murió de un infarto. Me dio risa el esfuerzo vano, pero me aguanté. Al frente, los hombres junto a la fogata nos miraban intrigados. Era evidente que ellos se parecían mucho más a mi mamá de lo que me parecía yo y eso que ellos no eran parientes. Supongo que mi mamá estaba pensando lo mismo, porque salió de la nada con que ella nunca imaginó que iba a criar una hija en Niebla. Entonces le preguntía qué se sentía crecer viendo solo beige.

— No sé, ¿qué se siente crecer en el sur, viendo verde?

—Mmm... selvático, como *El Rey León*.

Se rio.

—Lo que digo es que nunca pensé que iba a tener una hija en Valdivia, así como tú nunca debes haber pensado de dónde serán tus hijos. Es algo que nadie se cuestiona antes.

Casi se pone a llorar de nuevo cuando le dije que lo que yo creía era que, en realidad, nunca pensó que iba a tener una hija, daba lo mismo la ciudad. Apagó el pito, agarró su bolso y volvimos a la fiesta. No hablamos más en toda la noche, solo miramos a los grupos bailar.

Al otro día dormimos hasta tarde. Nos bañamos en una ducha con muy poca presión de agua y volvimos al pueblo a buscar la calapurca prometida. En un local de la feria, rodeadas de mallas azules y mesas con manteles de plástico, nos sentamos a compartir un plato. El local estaba casi vacío (era muy tarde para desayunar, pero muy temprano para el almuerzo) y la tele pasaba, a todo volumen, videos de cantantes bolivianos. En eso, vi a un niño alto, flaco y moreno y una chica algo gorda y muy bonita. Ella traía una guitarra y él una melódica, se sentaron unas mesas más allá y pidieron por favor que apagaran la tele. Mi mamá y yo seguimos comiendo, en silencio, mientras ella tocaba la guitarra y él, con la melódica a un lado, sin tocarla, desafinaba una cumbia que repetía, todo el tiempo, *Chiquita linda, cómo te quiero, chiquita linda, cómo te extraño*. Vi pasar a la mujer del bus, que aún traía la misma ropa (la polera ya casi no era verde, toda empolvada), pero fingí estar muy concentrada en el plato, por si llegaba a vernos. Mi mamá no se dio ni cuenta.

Esa noche volví a encontrarme con los dos hombres. La niña chica fue la que se nos acercó esta vez, mientras mirábamos a los caporales rojos. Me extendió su mano regordeta con un baboseado alfajor que daba un poco de asco, pero se lo recibí igual. Andaba con uno de los hombres, el más alto, que conversó con mi mamá de cosas sin importancia. Descubrieron que habían estudiado en el mismo liceo en distintos años y, aunque se suponía que ya nos íbamos porque estábamos cansadas, mi mamá aceptó ir con ellos a su campamento.

El sitio quedaba a cinco cuadras del centro del pueblo. Si visitabas a la dueña, discretamente y antes de que cayera la

noche podías, conseguir con toda seguridad una botella de ron o de pisco y también la Coca-Cola correspondiente. Si lo que querías, en cambio, era fumar pitos, era el hijo de la dueña del campamento quien podía proporcionártelos por un inflado precio. Mi mamá y sus nuevos amigos quisieron comprarlo todo. Carlos le dijo que no se preocupara por mí, que podía acostarme en la carpa más chica con la Paulita, y ella y yo nos sentamos junto a la parrilla del hijo de la dueña, que cocinaba unas longanizas, a mirar cómo nuestros papás tomaban cerveza. Con la Paulita no tenía mucho de qué hablar, ella iba en segundo básico y yo en sexto. Pasamos mucho rato dibujando en la tierra, a la luz de un foco y con una ramita, todos los Pokémon que conocíamos. Desde que yo los había dejado de ver, en 5to básico, habían aparecido muchos más, o la Paulita me inventó un montón que nunca estuvieron.

Viéndolo ahora, con el tiempo, el coqueteo de mi mamá y Carlos era evidente, ¿cuándo se la había visto tan sonriente? Pero eso lo veo hoy, entonces solo parecía la exaltación y alegría de la fiesta, de estar de nuevo en su tierra, de tomar cerveza y comer longanizas con esos amigos nuevos. Escuché a mi mamá decir que quería volver a vivir en el norte, y Carlos le dijo que podía conseguirle un trabajo en Arica, donde ellos vivían. Su tía tenía un restorán y andaba buscando una mujer para administrarlo. Mi mamá podía ser esa mujer. Se entusiasmó, aunque nunca había sido buena para las matemáticas. «¿Te gustaría vivir acá?» me preguntó. Me encogí de hombros: «Pero tú no eres administradora, no sabes hacer eso». Se rio junto a Carlos y Hernán, pero no le dio risa. Le dio pica. Al rato nos mandaron a acostar.

Desde la carpa se podía ver la luz de la fogata y escuché a Hernán, el amigo de Carlos, preguntar por mi papá. Mi mamá respondió, convencida de que yo dormía, que no quería saber

más de ese conchadesumadre. Rieron (¿de qué se reían?). Dormí muy poco, el ruido no me lo permitía, y escuché todo el tiempo lo que hacían allá afuera. A mi mamá con Carlos, detrás de la camioneta (odié su indiscreción), y a Hernán y al hijo de la dueña del campamento riéndose, molestándolos (que me enojó mucho más). También cuando, después de dos o tres horas de silencio absoluto, se despertaron y empezaron a guardar todo.

Me incorporé y miré a la Paulita. Seguía durmiendo, chupándose el dedo. Yo misma me lo había chupado hasta los nueve y mis arruguitas sobre la falange de ese dedo aún son extrañas, como desplazadas. Pensé que le contaría apenas se despertara. Salí de la carpa y vi la parrilla, las botellas (dos de ron) y las latas (suficientes como para no contarlas). Carlos me dijo que hablara despacito para no despertar a nadie, que era muy temprano, y me ofreció un Milo. Dijo que, si queríamos, podíamos acompañarlo a comprar cosas para el almuerzo. La Paula y yo enrollamos los sacos, desarmamos la carpa en la que habíamos dormido y guardamos la cocinilla. También me dijo que dejáramos dormir a mi mamá un rato más, mientras volvíamos del supermercado.

En la camioneta, la Paulita miraba por la ventana, dándome la espalda.

—Si te chupai el dedo después te queda raro.

—¿Cómo?

—Que te vi chupándote el dedo, durmiendo. Si te lo chupai, después te queda raro, mira.

Le mostré mis arruguitas extrañas, comparando mis dos pulgares. Le dio risa y empezó a chupárselo de nuevo. Carlos encendió el motor del auto y Hernán, que recién despertaba, subió también. Cuando salimos del campamento mi corazón latió muy fuerte, pero no estaba asustada. Total, si no me

gustaba ese lugar nuevo, ya encontraría la manera de irme a otro mejor.

